

TEORIA DEL HOMBRE SECULAR

SALVADOR PANIKER
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

I

CHALLENGE

La Era de la Praxis

La Sociedad Secular suele definirse como aquella que se ha liberado del Mito y de la Metafísica. Al menos así es como la definen los anglosajones, que como todo el mundo sabe, disponen de una vieja y prestigiosa tradición de empirismo. Recogiendo la herencia de GUILLERMO DE OCKHAM, FRANCISCO BACON, DAVID HUME y WILLIAM JAMES, los teóricos de la Sociedad Secular vienen a decir una cosa: tenemos que limitarnos a resolver aquello que pueda ser resuelto. El resto puede dejarse en manos de poetas y retóricos, que son gente no demasiado peligrosa, supuesto que se les mantenga a raya. (Mantener a raya, en la tradición anglosajona, quiere decir mantener apartado del gobierno de la *cosa pública*.)

El hombre de la Sociedad Secular es el hijo de la sociedad industrial, de la *technópolis* y de la civilización electrónica; demasiado ocupado en resolver los problemas de este mundo para pensar en los del otro. Aquí coinciden anglosajones y marxistas: si la humanidad vivió, primero, la Era del Mito y después la Era del Logos, hoy habría entrado en la Era de la Praxis, donde las cuestiones ideológicas han perdido su vieja utilidad biológica de dar un sentido a la vida. El problema del sentido de la vida pertenece al Departamento de Lingüística. O, en todo caso, es asunto rigurosamente privado que cada cual deberá resolver por cuenta propia y sin molestar a sus vecinos.

Anglosajones y marxistas coinciden también al considerar al Existencialismo como "un último síntoma de decadencia burguesa", superado ya (1). El hombre de la Era de la Praxis cree que los hechos viajan a mayor velocidad que las ideas y que, por tanto, toda ideología, parafraseando a WITTGENSTEIN, es una escalera que debe arrojarse una vez que se ha subido por ella. Existen ateos de moral irreprochable, creyentes de moral detestable. En la sociedad "capitalista" de Norteamérica la riqueza está mejor repartida que en la sociedad "socialista" de la Unión Soviética. Ello es que para una buena distribución de la riqueza cuenta más el grado de desarrollo econó-

(1) Cf. HARVEY COX, "The Secular City", Londres, 1966, p. 80.

mico que la ideología (2). Da un poco igual lo que uno se cuente a sí mismo. Importan las *estructuras* objetivas. É importa la *praxis*.

La Opulencia

Pero el hombre de la Sociedad Secular es también el hijo de la Opulencia. La Opulencia significa Margen, No-Necesidad, Indeterminación, posibilidad para hacer con la propia vida lo que a uno le plazca. Todo lo cual es nuevo. Y todo lo cual contiene el germen de una amenaza mucho más peligrosa que las que hasta la fecha ha conocido el hombre.

Durante miles de siglos la humanidad se ha enfrentado con la miseria, la enfermedad y la guerra partiendo de un postulado muy simple: éstas son cosas inevitables. La humanidad vivía *protegida* por el hecho de que había un solo problema: subsistir. Hasta THOMAS R. MALTHUS la idea básica ha sido que el 99 por ciento de los hombres estarían siempre condenados a la miseria. Era una "ley natural". El economista RICARDO tradujo esta convicción en la llamada Ley del Bronce del Salario: el rendimiento del trabajo humano sería siempre el mínimo indispensable para sobrevivir y para perpetuar la especie. (Perpetuarla no se sabía exactamente para qué.) CARLOS MARX dedujo de ello una concentración de cada vez más riqueza en manos de cada vez menos hombres (3).

Mas he aquí que la revolución tecnológica, unida a la mentalidad social, alteró el panorama. En 1936 Lord KEYNES publicaba su *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, contradiciendo la tesis malthusiana de que a mayor población mayor miseria. Según KEYNES, a mayor población, mayor mano de obra ocupada potencialmente; a mayor mano de obra ocupada, mayor demanda efectiva, y a mayor demanda efectiva (consumo global) mayor bienestar individual y social. La política del pleno empleo unida a la aceleración tecnológica serían los dos pilares del formidable progreso económico ininterrumpido que ha tenido el mundo occidental en los últimos 20 años (4). En consecuencia, por primera vez en su historia, la humanidad ha comenzado a romper — a nivel de masa — el viejo cordón umbilical que ligaba la subsistencia con la ley de los trabajos forzados. En la sociedad opulenta el pan ya no se gana con el sudor de la cara (5); el pan está asegurado.

Importante paso. Pero, ¿qué sucede luego?

Sucede que de momento se inicia una carrera hacia el superconsumo para amortiguar el *golpe* de la libertad. En Norteamérica, "primero se utiliza el mismo coche durante dos años, después un año solamente, y al final se comprarán dos al mismo tiempo. La carrera parece que no tenga fin, y a la larga sólo puede llevar a la locura total" (6). Afortunadamente, antes de

(2) C. E. BLACK, "The Dynamics of Modernization", New York, 1966, p. 24.

(3) J. K. GALBRAITH, "La Sociedad Opulenta", Barcelona, 1960, p. 44.

(4) Cf. ANDREW SHONFIELD, "Modern Capitalism", New York, 1965, p. 63.

(5) Génesis, 3, 17.

(6) J. DUMAZADIER, "Hacia una Civilización del ocio", Barcelona, 1964, p. 275.

que llegue la locura total se alcanza un nivel de saturación, más allá del cual la conquista de bienes materiales carece de interés. Y es entonces cuando se produce la situación nueva y peligrosa a la que aludía antes.

Algo nuevo sucede cuando el multiseccular estímulo de la lucha por la vida pierde su sentido; algo nuevo sucede cuando se alcanza determinado nivel de bienestar material. Liberado de sus servidumbres físicas, el hombre tiene que enfrentarse con el riesgo de una nueva libertad. Y se pregunta a sí mismo: ¿por qué habría uno de esforzarse por algo, si esforzarse ya no es necesario?

Durante algún tiempo seguiremos luchando por incrementar el producto nacional bruto y aumentar el número de puestos de trabajo; pero, tarde o pronto, surge la cuestión: ¿para qué? ¿Sólo para que nuestros hijos, a su vez, sigan incrementando producto nacional y puestos de trabajo? Hace ya bastantes años el economista W. W. Rostow se preguntaba: ¿Qué habrá que hacer ahora? ¿Aumentar la natalidad, descansar tres días a la semana, ir a la Luna, llegar al hastío—o crear nuevos límites internos para subsistir a la escasez? (7). Los propios economistas se dan cuenta de que la cuestión ya no es tanto incrementar la renta nacional, cuanto resolver qué hacemos con este incremento. En unas recientes declaraciones a un periodista (8) el senador ROBERT KENNEDY decía: “Durante los años Treintas los jóvenes norteamericanos luchaban por obtener empleo; durante los años Cuarentas partían para la guerra; hoy nuestro pueblo comprende que la vida debe estar hecha de algo más que de bienestar material y de productividad. Se trata de *calidad* y no de cantidad”.

¿Pero qué es calidad?

La Era del Relativismo

La Sociedad Secular, además de ser el resultado de unos condicionamientos socioeconómicos, es el término de un proceso histórico. De GUILLERMO DE OCKHAM hasta LUDWIG WIGENSTEIN, pasando por DESCARTES, KANT y EINSTEIN, Occidente se ha ido liberando del autoritarismo y del absolutismo filosóficos. La vieja escolástica resolvía el escándalo de este universo caprichoso de algas, galaxias y mamíferos, haciéndonos remontar por vía de causalidad eficiente, de lo contingente a lo necesario, de lo compuesto a lo simple, de la criatura al creador. (Aunque dejando incólume el aparente capricho divino de lo contingente.)

Paulatinamente Occidente se ha ido atreviendo a prescindir de los *deus ex machina*. KANT enseñó que las preguntas y respuestas del entendimiento son, ya, formas *a priori*, y MARTÍN HEIDEGGER ha interpretado a KANT en el sentido de que sólo lo finito es real. Su famosa pregunta: “¿Por qué hay ente y no más bien nada?” es una pregunta que ya no pide respuesta.

(7) “Las etapas del crecimiento económico”, México, 1963, p. 29.

(8) Interview de LOUIS WIZNITZER para “L'illustrée de Lausanne”, 4 mayo 1967.

Ahora bien, entonces, nuevamente: ¿por qué hay que hacer algo y no más bien nada? Y supuesto que haya que hacer algo, ¿hacer qué?

Los primeros hombres de la sociedad industrial, para escapar a la tortura de las preguntas-sin-respuesta se refugiaron en algún tipo de enajenación. Con preferencia, la acción. *Keep busy, keep smiling, lest your wider in despair*. "Manténgase ocupado y sonría porque de lo contrario se desespearará".

La filosofía lingüística comparte con el existencialismo el convencimiento de que todo preguntar metafísico remite a un callejón sin salida, porque el que pregunta está inevitablemente implicado en su pregunta — y, por tanto, en su respuesta —. "Quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos" son preguntas sin sentido. *Wovon man nicht sprechen kann, darüber muss man schweigen* ("De lo que no se puede hablar, mejor es callarse") (9). Como decía PASCAL, el hombre está condenado en una celda: la celda de la propia condición humana. Ahora bien, si los existencialistas parten de aquí para construir una nueva metafísica, basada en la estructura de la finitud humana, los empiristas anglosajones entienden que este empeño por seguir haciendo metafísica pertenece al terreno de la patología. El hombre de la Sociedad Secular vive sin absolutos y sin metafísica. Al menos, sin absolutos o metafísicas socialmente institucionalizados. La Filosofía Lingüística, escribe GELLNER, no pretende interferir con nadie, "no enseña cómo hay que vivir, cómo encuentra uno su alma, qué películas hay que ver, a quién se debe votar o a qué dios hay que adorar" (10). La Filosofía Lingüística no pretende "justificar" nada, porque la inteligencia ya no es el órgano del *iustum facere*. Toda "justificación" es pura redundancia, y la necesidad de justificarse es patológica. Se trata únicamente de encontrar recursos para que nos sea aceptable la realidad tal como es.

El hombre de la Sociedad Secular entiende, pues, haber superado la actitud existencialista frente a la vida. Es un hombre esencialmente modesto y antideclamatorio, capaz de vivir y respirar en una atmósfera de "soluciones provisionales" (11). No cree que escribir un libro, pintar un cuadro o aislarse a un partido político sean actos más trascendentes que pilotar un aeroplano, construir un puente o cocinar un plato. Ningún pensador que se encuentre en sus cabales pretende ya que con su obra vaya a cambiar la suerte de la humanidad.

El hombre de la Sociedad Secular no cree en verdades absolutas, ni en principios intelectuales eternos. Ha crecido en una cultura que descubrió la sexualidad bajo el arte, el resentimiento bajo la moral, la lucha de clases bajo el derecho y la voluntad de poder bajo el altruismo. Incluso las leyes físicas y matemáticas, consideradas desde siempre como prototipo de verdades absolutas, fueron relativizadas por EINSTEIN, RIEMANN y los teóricos de la física cuántica. Nada, absolutamente nada, puede ser considerado como

(9) WITTGENSTEIN, última proposición de su "Tractatus".

(10) "The Fate of Man", ed. Crane Brinton, New York, 1961, pp. 324 a 327.

(11) HARVEY COX, "The Secular City", Londres, 1966, p. 63.

la verdad absoluta que garantice el sentido del universo. Ni siquiera en religión. Los teólogos de la generación existencialista — los BARTH, BULTMANN, TILLICH, NIEBUHR — prepararon el terreno. “El hombre que quiera creer en Dios — escribió BULTMANN — ha de saber hoy que no posee nada en que apoyarse para creer; que está, como si dijéramos, flotando en el aire” (12).

Una generación de huérfanos

Los teólogos de la generación posterior van más lejos. La llamada *Death of God Theology* ha dejado al hombre no “como si dijéramos”, sino literalmente flotando en el aire. Y el problema, entonces, es: ¿cómo flotar?

Treinta y ocho millones de norteamericanos, que tienen hoy entre catorce y veinticinco años, simbolizan una nueva generación de la Sociedad Secular. Estos jóvenes no han conocido jamás una depresión económica, no ven ninguna razón para el ahorro (saben que el Estado les asegurará, un día, contra la enfermedad, el desempleo y la vejez) y, sin embargo, podrían ser cualificados como “generación de huérfanos”. Huérfanos porque, como decía PAUL TILLICH, todos los símbolos se han roto.

Jamás en la historia los jóvenes han sido tan estudiados, clasificados y fotografiados como lo son hoy; jamás, sin embargo, la escisión — lo que los anglosajones llaman el *gap* — entre jóvenes adultos ha sido tan radical. Hace unos años los estudiantes de la Universidad de Berkeley (California) se dirigieron a su rector diciéndole: “Nosotros hemos pedido justicia y libertad, y se nos ha acusado de anarquía y amoralidad. Ustedes han construido la universidad sobre la base de la desconfianza y la deshonestidad”.

¿Qué quieren, entonces, estos jóvenes huérfanos? “Con su visión escéptica, pero humana, su desdén por el fanatismo y su desprecio hacia la hipocresía” (13), estos jóvenes quieren una respuesta *nueva* al problema *nuevo* de la Sociedad Secular. En 1960 había en el mundo 15 ordenadores electrónicos. En 1967 hay 35.000. Se calcula que hacia 1975 habrá unos 85.000. Ahora bien: debe tenerse en cuenta que un ordenador electrónico permite realizar en unos minutos el trabajo que antes habría consumido toda la vida de un hombre. Es un ejemplo de cambio cualitativo. El ordenador electrónico *dilata* el tiempo, y el hombre de la era de los ordenadores electrónicos puede *vivir más* que sus antepasados.

La pregunta, nuevamente, es: vivir más, ¿para qué?

Y, sobre todo: ¿cómo vivir? Los jóvenes reprochan a sus padres el que no les han enseñado a vivir. Porque no saben. “Todo el mundo compete, nadie vive” — decía un *teen-ager* —. Como consecuencia existe el recelo de entrar en el juego de los adultos. No se trata, sólo, de las protestas contra la guerra del Viet-Nam. En 1960 un 39 por ciento de los graduados en Harvard entraron en los *business*; en 1964, sólo un 14 por ciento. Y en 1966, según una encuesta HARRIS POLL, tan sólo el 12 por ciento de los universitarios

(12) “Panorama de la Teología actual”, Madrid, 1961, p. 38.

(13) “Time Magazine”, 6 enero 1967.

norteamericanos pensaban dedicarse a los negocios. En contraste, el doble de ellos quería dedicarse a la enseñanza (14).

Nihilismo

Vivir sin mitos y sin metafísica no es tan fácil como parece. El 10 por ciento de la población americana pasa una parte de su existencia internado en un centro psiquiátrico, y el 50 por ciento de las camas de los hospitales es ocupado por enfermos mentales. En la ciudad de Nueva York mueren tres personas a la semana por exceso de narcóticos; en el Centro de Prevención contra el Suicidio de Los Ángeles se reciben más de cinco mil llamadas al año; entre los *teen-agers* americanos, de 15 a 19 años, el suicidio es la tercera causa de su muerte. No son cifras numéricamente importantes: son datos significativos. La juventud intelectual perteneciente a la región más desarrollada del país más desarrollado de la tierra, los universitarios de California, en una tercera parte es adicta a las drogas. Los llamados *hippies* (los jóvenes de la generación post-beatnik) consumen LSD, visten trajes de época, llevan el pelo largo y ensayan un regreso a la comunidad tribal. Los sociólogos norteamericanos creen que, de hecho, volvemos a una sociedad tribal condicionada por la electrónica. Pero en tal caso, como ha escrito NEWBIGIN (15), resulta un poco dudosa la convención semántica de llamar subdesarrollado a un pueblo, como el hindú, que recita versos en las noches de luna llena, en tanto se llama desarrollado a un pueblo que se sienta delante de la TV, escuchando canciones sobre detergentes.

La Prosperidad, con la cual se esperaba remediar todos los males, ciertamente ha remediado todos los males: todos los males antiguos. Pero nos ha abierto un problema nuevo y mucho más peligroso, porque ya no se trata de un problema físico sino metafísico. El animal humano ha sobrevivido al frío, al hambre y a la enfermedad: ¿sobrevivirá a la opulencia?

Es posible que el hombre de la Sociedad Secular se haya liberado del Mito y de los demás metafísicos, pero de lo que (por el momento) no se ha liberado es del hecho de *ser*. Y, con todos los respetos por la lingüística, este hecho remite a lo absoluto. Y remite a la necesidad de encontrar la densidad mística de lo secular, si se quiere resistir a la presión de la Nada. Contrariamente, el animal humano encontrará algún pretexto para auto-destruirse. Aquel "instinto de muerte", como le llamaba FREUD, corresponde a una cierta imposibilidad del ente finito para aguantarse por sí mismo; corresponde al nihilismo que acompaña a la relativización de todos los valores. En el pasado siglo el profeta NIETZSCHE fue el primero en dar la alarma. "Lo que voy a relatar — escribí — es la historia de los siglos que se aproximan y de lo que no tiene más remedio que venir: la irrupción del nihilismo." Porque "llegará un día en que tengamos necesidad de valores nuevos" (16).

(14) "Look Magazine", del 21 febrero 1967.

(15) LESSLIE NEWBIGIN, "Honest Religion for Secular Man", Londres, 1966, p. 14.

(16) NIETZSCHE, Prefacio a "La Voluntad de Poder".

Este día, evidentemente, ha llegado. La “generación de huérfanos” ya no cree en nada. Ahora bien, en las páginas que siguen intentaré mostrar que “no creer en nada” puede ser un buen principio; y que un tipo más evolucionado de animal humano, el Hombre Secular, puede arrancar de aquí.

II

RESPUESTA

El símbolo Kennedy

JOHN FITZGERALD KENNEDY ha sido llamado “el hombre contemporáneo”, porque “no fue sólo el primer Presidente de los Estados Unidos nacido en el siglo xx; fue también el primer representante de una generación que nació durante la Primera Guerra, creció durante la Depresión Económica, combatió en la Segunda Guerra, y comenzó su carrera pública bajo la amenaza atómica” (17).

En otras palabras, KENNEDY es un símbolo del Hombre Secular porque, de entrada, asumió la más importante paradoja de nuestro tiempo: recoger la tradición del pasado *juntamente* con la destrucción de los valores en que esta tradición se apoya. A pesar de lo cual KENNEDY luchó y murió por una causa distinta de sí mismo.

¿Qué causa era ésta? ¿Es que queda, todavía, alguna causa por la cual luchar? ¿O es que hay que luchar, *precisamente*, porque no queda ya causa alguna por la cual luchar?

Vamos a verlo.

Ser un hombre real

La mañana del sábado 2 de enero de 1960, el entonces senador KENNEDY hizo su entrada en una repleta Sala de Conferencias de Prensa y leyó una página que contenía su declaración como Candidato a la Presidencia de los Estados Unidos. Tenía en aquellos momentos 42 años, era de religión católica y procedía del Senado. Cualquiera de estas condiciones bastaba para incapacitar sus aspiraciones; la simultánea conjunción de las tres, parecía dar a esta incapacidad un carácter definitivo. Sin embargo, con el aire relajado y el tono seguro, el Senador KENNEDY expresó su convicción de que estaba en condiciones de salir victorioso (18).

Sabemos lo que ocurrió luego. La historia de cómo aquel hombre joven y relativamente desconocido, rodeado de un equipo de muchachos, consiguió batir a todos los profesionales de la política y alcanzar el poder más grande

(17) ARTHUR M. SCHLESINGER, Jr., “Los mil días de Kennedy”, Barcelona, 1966, p. 94.

(18) TH. C. SORENSEN, “Kennedy”, Barcelona, 1966, p. 172.

del mundo, posee, a primera vista, cierta apariencia de cuento de hadas. Sin embargo, fue exactamente lo contrario de un cuento de hadas. Fue la historia *real* de una decisión *real* tomada por un hombre *real* que supo acompañarse de un equipo de hombres *reales*.

STUART SYMINGTON, uno de sus contricantes derrotados dijo: "Nos venció porque tenía un poco más de aguante, valor, prudencia y carácter que cualquiera de nosotros".

Les venció porque él, JOHN F. KENNEDY, era un hombre *más real* que sus adversarios.

Es preciso examinar esto con atención. En una época que ha suprimido toda jerarquía absoluta de valores, ¿de qué manera se puede medir la calidad de un ser humano? Creo que la nueva piedra de toque para medir la calidad de un ser humano, es preguntarse si se trata de un ser *real*, o de un ente de ficción. Por extraño que pueda sonar, la mayoría de la gente no es *real*. No se atreve. Porque no se atreve a asomarse a los confines de la herencia recibida; porque prefiere mantenerse en el espacio indefinido que media entre la Nada y la Neurosis.

El criterio es, pues, ¿se trata de un hombre *real*? Un hombre muy inteligente puede, al mismo tiempo, ser un títere. El *ser real*, en cambio, equivale al "*amor meus, pondus meus*", de SAN AGUSTÍN. Es la nueva virtud ontológica de la que toda otra virtud arranca. Es la virtud fundamental del nuevo Hombre Secular.

Ahora bien: ¿qué es un hombre secular? ¿Cuál es el origen de un hombre *real*?

La actitud de la No Alternativa

En una ocasión le preguntaron a KENNEDY que cómo fue que se convirtió en un héroe de guerra; él contestó: "Fue muy sencillo, hundieron mi lancha". Cuando a uno le hunden la lancha, las alternativas, en efecto, se simplifican. Perdido en el Océano, el oficial de marina JOHN KENNEDY nadó por espacio de quince horas (sujetando con los dientes el chaleco de uno de sus compañeros herido), hasta alcanzar un islote. El islote resultó desierto, y KENNEDY decidió, a pesar de sentirse enfermo, que debía volver a hundirse en el agua helada del Océano para nadar hacia otro islote en busca de nuevo auxilio. Fue un acto de *courage* y un acto de hombre *real*. Pero se produjo no en virtud de ningún *a priori* filosófico, sino en virtud de una situación límite. En virtud de una ausencia de alternativa.

La familiaridad con el dolor, la guerra, el escepticismo sobre la condición humana, colocaron a JOHN KENNEDY en el marco que ya no habría de abandonar jamás: el marco de la situación-límite. Éste es el origen.

KENNEDY fue un hombre existencialmente "fronterizo": llevaba las opciones hasta el fin. Hasta la línea de fuego. Hasta la situación límite. Cuando le aconsejaron, durante su campaña electoral, que se retirase de la lucha porque un católico nunca conseguiría alcanzar la presidencia de los Estados Unidos, él replicó: "Si hay fanatismo en este país, que se sepa que lo hay.

Si este fanatismo impide que un católico pueda alcanzar la presidencia, al menos que todos los sepamos”.

Es decir: llevemos las cosas hasta el final.

“Creo — decía el Presidente — que este mundo es peligroso y sucio, pero creo también que es aquel en el que hemos de vivir” (19). Y añadía: “Creo que no hay seguridad para nosotros en la evasión y en la irresponsabilidad” (20).

En otras palabras, la nueva manera de tenerse en pie, de flotar literalmente en el aire, en la sociedad secular, procede, al pronto, del conocimiento de que hay que *asumir* la realidad tal como es, por ausencia de alternativa.

En aeronáutica se localiza un momento, al despegar los aviones, que se caracteriza porque ya no es posible volver atrás; la única alternativa es despegar. A este momento se le llama “*point of no return*”. Punto de No Retorno. El Hombre Secular viene motivado, al pronto, por encontrarse comprometido dentro de diversos “*points of no return*”. La alternativa es la Nada. Y la nueva ética se reduce a la voluntad de *ser real*. El que se atreve a ser real, alcanza su *point of no return* y, como decía el Presidente KENNEDY, no mira hacia atrás, ni hacia los lados.

El nuevo Hombre Secular no cree en una moral de la recompensa, ni en una moral de los buenos sentimientos. ROBERT KENNEDY, que pretende haber recogido la antorcha de su desaparecido hermano, decía recientemente en Sudáfrica: “Al luchar por los demás luchamos no en nombre de un sentimentalismo, sino de una sabiduría práctica. Al luchar por los demás luchamos por nosotros mismos”. Porque la libertad es indivisible. Porque la alternativa es la Nada.

Durante demasiado tiempo se ha confundido la bondad con los buenos sentimientos, la moral con el altruismo. Sentimientos se tienen los que se tienen, según los días, o según las secreciones endocrinas. En 1956 JOHN KENNEDY escribió que “el desinterés en la actuación pública no es más que el resultado de llevar el respeto hacia uno mismo hasta sus últimas consecuencias” (21).

Asumir

Se comienza por desesperar; después se asume la realidad y se descubre que las cosas sólo se aguantan *de una sola manera*. Porque lo real es aquello que expulsa toda posibilidad de ser distinto de como es. “*Il y a intuition lorsque l'acte de connaissance coincide avec l'acte générateur de la réalité*” (22), escribió BERGSON. Pero la realidad no se conoce, ni se intuye: la realidad se asume. Y en el acto de asumir comienza el acto de ser *real*, y co-

(19) TH. C. SORENSON, “Kennedy”, Barcelona, 1966, p. 803.

(20) “State of Union Message”, Jan, 11, 1962.

(21) JOHN F. KENNEDY, “Profiles in Courage”, Londres, 1965, p. 238.

(22) Ap. P. ORTEGAT, “Philosophie de la religion”, Louvain, 1948, p. 469.

mienza a superarse la vieja coartada de quejarse por la humillación de haber nacido sin ser consultados. Porque bien mirado, *somos consultados*. A nivel de asumir la realidad ya no nos es impuesta.

Sólo se quejan de haber nacido sin ser consultados los que nunca se atrevieron a asumir la realidad. Los que nunca se atrevieron a ser hombres *reales*.

Asumir es más que convertir lo contingente en necesario: es superar la escisión contingencia-necesidad; es dejar de disimularnos que todo pende de nosotros; es entrar en la génesis de lo real.

Toda neurosis tiene su origen en el no asumir la realidad. Existe aquí un curioso círculo: uno no se atreve a asumir la realidad finita so pretexto de que es finita; pero sólo asumiendo la finitud se sobrepasa la finitud. El neurótico finge decirse a sí mismo: "O las cosas son como yo quiero, o yo no juego". "Aut Caesar aut Nihil." Ahora bien, *querer* que las cosas sean distintas a como son es como un círculo cuadrado. Querer es asumir. No asumir es no querer.

La fortaleza de una sociedad ya no debe medirse por el número de sus cerebros privilegiados, ni de su renta *per cápita*: debe medirse por el número de hombres *reales* que la componen. Y un hombre real, es el que ha dado el salto biológico de no necesitar de mitos ni de conceptos protectores. Le basta — y le sobra — con *ser*.

El hombre *real* entiende que la vieja distinción entre necesidad y contingencia, la pregunta de por qué son las cosas como son y no más bien de otra manera, y el recurso al principio de causalidad para responder a esta pregunta, no son más que la timidez de una libertad que todavía no se atreve a vivir sin garantías. Aquellos que en nuestro tiempo todavía parecen pedir una gran causa por la cual luchar están delatando una profunda hipocresía. ¿Por qué habría de haber una gran causa? ¿No será que uno no se atreve a vivir sin grandes causas? ¿No será que uno no se atreve a ser *real*? ¿No será que uno busca un pretexto para delegar en una idea la *realidad*?

Aquí empieza la libertad y aquí es hora de hablar de la virtud práctica solidaria del ser *real*: la virtud fundamental del Hombre Secular, la virtud que el Presidente KENNEDY estimó por encima de todas: el *courage*.

Courage

Courage es una voz anglosajona de difícil traducción: equivale a una mezcla de valentía y de desinterés. Yo diría que el *courage* es la forma inmanente a la Fe. Es la fe secularizada. En el siglo pasado el Cardenal Newman ya entendía la fe como aquello que nos permite vivir dudando. Es decir, ya marcó el despegue de las creencias hacia el acto, del Logos hacia la Praxis.

Esta necesidad del *courage* se manifiesta hoy incluso en la toma de decisiones. "El esquema clásico de la deliberación — escribió MERLEAU-PONTY — sólo se aplica a una libertad de mala fe, que nutre secretamente mo-

tivos antagónicos sin querer asumirlos, y fabrica por sí misma las pretendidas pruebas de su impotencia" (23).

El *courage* trasciende toda garantía racional porque trasciende toda justificación intelectual del universo. Éste es el sentido de la *mutación* implicada en el *courage*. Se trata de una virtud literalmente sobrehumana, porque trasciende la inteligencia que, como decía XAVIER ZUBIRI, es el órgano de la justificación — del "justum facere".

Hablando en sentido biológico, el animal humano hasta la fecha necesitaba *a-justarse* a la realidad, hacerla justa; el hombre tenía que justificar sus actos. Hoy esto ha cambiado. Durante siglos el hombre ha fingido que primero deliberaba con su razón y después tomaba las decisiones; ha fingido que no ha dado un paso si previamente la inteligencia no arrojaba luz. A la cota histórica actual estos planteamientos ya no son válidos. Todo hombre profundo sabe que la inteligencia pura sólo conduce a la perplejidad y a la parálisis, cuando no al suicidio. "En cuanto el pensamiento reflexiona sobre sí mismo lo primero que encuentra es una contradicción", escribió CAMUS. Digan lo que digan SARTRE, HEIDEGGER y JASPERS la visión del mundo "*sub specie mortis*" conduce a la inacción y a la nada. Ello significa que desde el punto de vista biológico al animal humano la razón pura le sirve de muy poco. La vieja coartada de primero nos enteramos de lo que se debe hacer y después lo hacemos, ha terminado. Entramos en un mundo terrible, donde primero hay que hacer las cosas y después nos enteramos de lo que se debía hacer. El hombre valeroso no ilumina primero el camino y después avanza; hace exactamente lo contrario, primero avanza y después descubre que la luz no es otra cosa que la consideración retrospectiva del camino recorrido. La vida sólo se entiende mirando hacia atrás, pero tiene que ser vivida mirando adelante, decía KIERKEGAARD. Y delante nunca hay nada.

Cuando el Presidente KENNEDY decidió intervenir en gastos de investigación espacial una cifra superior a la gastada en todos los años anteriores reunidos, dijo: "Me doy cuenta de que esto es un acto de fe y de visión pues no sabemos qué beneficios nos reportará. Enviaremos a la Luna un gigantesco proyectil construido con nuevas aleaciones metálicas, algunas de las cuales aún no han sido inventadas". Me parece un símbolo del comportamiento *creativo* del Hombre Secular. Nos arriesgamos a un proyecto cuyas consecuencias ignoramos, trabajando con materiales que todavía no han sido inventados. Entre paréntesis, en 1967, las consecuencias de este esfuerzo ya han sido calculables: los programas de la NASA han estimulado al menos 3.500 inventos útiles para el desarrollo industrial. Incluso en la hipótesis de que no se llegue nunca a la Luna, cada dólar invertido en investigación espacial, ha dado ya cuatro veces su valor en rendimiento económico.

El *courage* no es pues una virtud junto a otras: es una nueva forma de vida. Los astronautas rusos no creen en Dios, los norteamericanos sí. Da un poco igual. Da un poco igual la forma como el hombre conceptualice su fe. Lo que importa es la fe, y esta fe se mide con el *courage*.

(23) MERLEAU-PONTY, "Fenomenología de la percepción", México, 1957, p. 479.

El *courage*, decía, es la fe inmanente. Desde el principio de los tiempos lo que el hombre ha ido a buscar en la religión es el *maná*, la energía, el poder, la realidad. La designación hebrea *el* significaba tanto Dios como Poder. Ahora bien, durante milenios la reacción del hombre frente al poder ha sido el Temor. (En inglés, *awe*) (24). Pues bien, el *courage* significa que la relación entre el hombre y el Poder deja de ser una relación de espanto. (Sin duda éste fue también el mensaje central de Cristo, quien desde esta perspectiva fenomenológica se adelantó a la evolución; mensaje que fue simbolizado con el concepto de la paternidad divina.)

El *courage* significa, pues, una nueva forma de la religiosidad humana, correspondiente a una religiosidad dinámica y a una sociedad secular.

Desinterés

“Un hombre hace lo que tiene que hacer y en esto consiste el fondo de toda la moralidad humana”, escribió JOHN KENNEDY (25). Ahora bien, ¿cómo averiguar lo que se tiene que hacer? Por de pronto alcanzando aquella cota de no-alternativa que es el resultado de llevar las cosas hasta el final — sea cual fuere el final —. La primera dimensión del *courage* es el valor. Pero existe otra condición igualmente necesaria: el desinterés. Para que un hombre sea real, para que sus decisiones sean reales, éstas deben ser libres, incondicionadas.

Es preciso examinar esto con cuidado. El hombre de la era secular — decía antes — no cree en nada. ¿En qué iría a creer? THEODORE SORENSEN, el amigo y biógrafo de KENNEDY se pregunta por qué quiso KENNEDY alcanzar la Presidencia de los Estados Unidos. Según SORENSEN esta aspiración no le nació repentinamente, y jamás se convirtió para él en una obsesión, puesto que KENNEDY no estaba insatisfecho de su vida de Senador, ni sentía la fascinación del poder por el poder, ni la necesidad de dar gloria a su Ego. ¿Entonces? SORENSEN nos pone sobre la pista: Un hombre que lucha por motivos objetivables (dinero, fama, poder, lo que fuere), no sólo es un hombre de poco fiar: sencillamente *no es un hombre real*. Es alguien que prefiere seguir refugiado en las viejas enajenaciones del pasado.

En lo más profundo de sí mismo ¿qué desea cualquier hombre? La respuesta es extrañamente simple: nada.

Estas fuerzas simbólicas que denominamos deseos proceden de la periferia del ser, no de su núcleo. En el núcleo del ser no se alberga deseo alguno, porque en el núcleo del ser no se alberga nada. El Hombre Secular es lo suficiente evolucionado para comprenderlo. Y es en este sentido, exactamente en este sentido, que el Hombre Secular no cree en *nada*.

Nada es un vocablo clave dentro de la literatura mística universal. *Nada* significa que lo real, en tanto que real, no es *nada* de lo que podamos nom-

(24) VAN DER LEEUW, “Fenomenología de la Religión”, México, 1964, p. 18 y cf. el libro de OTTO “Lo Santo”.

(25) JOHN F. KENNEDY, “Profiles in Courage”, Londres, 1965, p. 266.

brar o dar forma. El mínimo de cortesía intelectual que merece Lo Absoluto es que no pretendamos reducirlo a *nada*. Curiosamente, el ateísmo secularizado de Occidente y la mística oriental se encuentran aquí.

JOHN F. KENNEDY decidió alcanzar *realmente* la presidencia de los Estados Unidos en la medida en que "le daba igual" no alcanzarla. Evidentemente el deseo y el desinterés no discurren en un mismo plano. El desinterés es lo primero, está en la base; es el "humus" de los deseos no ficticios. Paradójicamente el desinterés es la condición para que un deseo sea real. Todo deseo que no proceda del desinterés es un falso deseo y corresponde a una motivación enajenada.

Ésta no es una sabiduría nueva. Los indios consiguieron liberar la energía del acto desinteresado (el *nishkamakarma*) hace, al menos, dos mil quinientos años. "El deseo del Nirvana impide el Nirvana", decía BUDA. Y el problema central de la Bhagavad Gita era: si el hombre está condenado al tiempo y al espacio, ¿cómo ser libre siendo esclavo? (26). También Occidente conoce esta sabiduría. "Haced el bien sin esperanza de remuneración", predicaba Jesús (27). El Maestro ECKHART recomendaba el "desasimiento puro y simple de todo lo creado"; SAN JUAN DE LA CRUZ decía que no hay que "pedir nada de nada" (28); KANT construyó la Moral Autónoma, y ALBERT CAMUS hablaba de "vivir con la divina disponibilidad del condenado a muerte..., con ese increíble desinterés por todo, salvo por la llama pura de la vida" (29).

No es una sabiduría nueva, digo. Lo nuevo es la estricta necesidad biológica de aplicarla con objeto de mantener el equilibrio en un mundo absolutamente relativizado. (Porque la alternativa es la autodestrucción neurótica.) Y lo nuevo es, también, la necesidad de articular sin fisura Desinterés y Acción.

El que busca su propia gloria miente, decía Jesús. El que no busca su propia gloria posee la garantía de que su doctrina es real (Io, 7, 16). Para un opulento y desilusionado hijo de la sociedad opulenta, ¿qué sentido tiene buscar la propia gloria? ¿Qué gloria? ¿Frente a *quién*? Buscan su propia gloria los que todavía están desposeídos de algo, los que todavía creen en algún ídolo. "A los 30 años — escribió CAMUS en su *Journal* — he conocido la gloria, casi de la noche a la mañana, y no lo siento, porque de haber tardado más en conocerla habría podido tener malos sueños. Ahora ya sé lo que es la gloria: poca cosa."

La esencia de Lo Secular

Ahora bien, si en el fondo no se desea nada, ¿por qué actuar? ¿cómo actuar? ¿De qué manera se articula el desinterés con la acción? Volvamos un momento a KENNEDY. Existe una palabra que expresa bastante bien lo

(26) Cf. MIRCEA ELIADE, "Yoga, Inmortalidad y Libertad", Buenos Aires, 1957.

(27) Lucas, 6, 35.

(28) SAN JUAN DE LA CRUZ, "Subida al Monte Carmelo".

(29) A. CAMUS, "El mito de Sísifo", Buenos Aires, 1953.

que el desapreciado Presidente despertó en gran parte de la humanidad; esta palabra es: esperanza.

¿Por qué? ¿Dónde estaba el origen de esta esperanza? ¿Es que, por ventura íbamos a dejar de morir? ¿Es que la enfermedad, la miseria, la incomunicación y el odio no siguen rodeándonos? ¿Y cómo era posible que un hombre antiutópico y antimesiánico como KENNEDY despertara esperanza?

Creo que la respuesta hay que encontrarla en su actitud *secular*. En la estricta inversión de planteamiento respecto a los esquemas tradicionales de la moral y del esfuerzo. “De acuerdo con un antiguo proverbio chino —decía el Presidente— un viaje de mil millas comienza con un primer paso. Demos este primer paso” (30). La inversión de planteamiento significa que lo *real* no es la meta sino el *paso*. “No estamos aquí para maldecir las tinieblas, sino para encender una luz que nos permita avanzar hacia el futuro”, dijo en el discurso de aceptación de su candidatura, en 1960. Es decir, utopía y caos son dos abstracciones: lo real es el margen que cae en medio, y lo *único* que nosotros podemos hacer es dilatar este margen.

Distanciándose del eleatismo, ARISTÓTELES descubrió que el movimiento es una forma del ser. Pero durante siglos se creyó que el movimiento era una forma “degradada” del ser. Los teólogos hablaban de la Inmutabilidad de Dios como perfección suprema. El Hombre Secular cree exactamente lo contrario. Sea Dios lo que fuere, si algún sentido tuviere hablar de su perfección, habría que decir que ésta consiste en una infinita mutabilidad. La tendencia actual hacia la secularización de la religión significa el descubrimiento de que no hay nada tan perfecto como lo imperfecto. Un universo perfecto y acabado no sería ni acabado ni perfecto; porque, simplemente, *no sería*.

Sobre la educación que liga el Desinterés con la Acción, la respuesta que la actitud de KENNEDY nos sugiere es ésta: actuar, no persiguiendo un objetivo, sino precisamente para averiguar qué objetivo se persigue. Es decir, *explorar*. Y precisamente para que el acto de explorar no sea irracional se requiere el desinterés, garantía de libertad o suprarracionalidad.

“Un hombre hace lo que tiene que hacer.” Ahora bien, en la sociedad secular, nunca se sabe *a priori* lo que se tiene que hacer. El sentido más profundo de la nueva virtud ontológica del *courage* (que incluye el desinterés) está en que el *courage* se necesita para hacer lo que se tiene que hacer en un mundo donde nunca se sabe lo que se tiene que hacer.

De todo esto se deriva un estilo secular de vida, una nueva ascética y una nueva ética, presidida por el Principio de Creatividad.

La Nueva Ascética

Entre los indígenas primitivos de la América del Sur, se practicaba la flagelación con ocasión de la muerte de un gran animal. Igualmente se procedía al ocupar una nueva casa, durante los trabajos de la siembra

(30) Discurso anunciando la supresión de Pruebas Atómicas, 26 de julio de 1963.

o al elegir un nuevo jefe (31). ¿Por qué? ¿De qué se trataba? Se trataba de “pagar un precio por un beneficio”. Cuando se ha cazado un gran jabalí, aparentemente por buena suerte, es preciso flagelarse y pagar. Descubrimiento de una importancia inmensa, porque aquí está el umbral que distingue al hombre del animal; el umbral que separa la creatividad del azar. Con semejante actitud el hombre primitivo inició lo que TEILHARD DE CHARDIN habría de llamar un “azar dirigido”. Se trataba de mantener en el *phylum* humano la presencia del esfuerzo creativo de lo real. Conservar este sentido del esfuerzo, era, por lo tanto, sagrado. Era conservar el hilo mismo de la evolución y de la escatología. Un cazador que no se flagela, que no acota la diferencialidad de su acto mediante el precio ontológico del esfuerzo, involucionará hacia la animalidad original y hacia la indiferenciación con el Cosmos.

Tras el Mito llegó el Logos, la Era de los Principios Intelectuales Eternos. SIEGMUND FREUD al estudiar el fenómeno del tabú, advirtió el parentesco, la común finalidad biológica entre rito primitivo y ética racional. En ambos casos, rito primitivo y autolimitación moral, se trataba de mantener las condiciones para el acto improbable, para el esfuerzo creativo de lo real.

El Hombre Secular ya no pertenece a la era del mito, ni a la era de la moral racional. Por tanto, si se esfuerza, no será en virtud de una previa moral teórica, ni por obediencia a una jerarquía absoluta de valores. Digamos que se esfuerza por libertad. De ahí una nueva y peculiar *ascética*.

Antiguamente solía entenderse por ascética — del griego “*askesis*”, ejercicio —, el esfuerzo encaminado a eliminar los obstáculos para alcanzar la perfección espiritual. Se añadía que la ascética no era un fin sino un medio. Al Hombre Secular este lenguaje no le llega. ¿Esfuerzo para alcanzar un fin? ¿Qué fin? ¿Realmente es el fin separable del esfuerzo? ¿Movería alguien un dedo para alcanzar un fin, si el fin no fuera ya inmediato e inmanente al movimiento del dedo? Pongamos un ejemplo. ¿Para qué se esfuerza un escritor? ¿Para que le lean? ¿Para realizarse a sí mismo? ¿Para ganar dinero? ¿Fama? Mal escritor aquel que pueda encontrar una motivación de su esfuerzo. No escribimos para los demás; tampoco para nosotros mismos. Sucede sencillamente que la disociación autor-lector, igual que otras muchas, debe ser superada. “Generalmente no veo la diferencia entre el fondo y la forma de la literatura — decía SARTRE —, hay cosas que decir y ellas se dicen; eso es todo. Si ellas no encuentran la manera de decirse, bien: no se dicen.”

Si el Hombre Secular decide someterse a una ascética para alcanzar una liberación, es porque la liberación está ya en la ascética misma. La Tierra de Promisión o se encuentra ya en nosotros, o no se encuentra en parte alguna. No se trata, pues, de un tránsito de la moral heterómata a la moral autónoma; se trata de la emergencia de una nueva libertad, donde el par “medio-fin” se hace ontológicamente indivisible.

Esto empieza a manifestarse incluso en los medios religiosos más tradi-

(31) ADOLPHE E. JENSEN, “Mythes et cultes chez les peuples primitifs”, París, 1954, p. 258.

cionales. A un católico practicante le va resultando cada día más peliagudo arrodillarse frente a otro hombre y comenzar: "Padre, me acuso de esto y de lo de más allá". Sucede que la vieja, jurídica e infantil disociación entre Fe y Obras, para el Hombre Secular carece de sentido. Un hombre que reconozca que su vida no está de acuerdo con su fe no es un hombre débil, es un hombre irreal. (Se concebiría mejor una técnica sacramental que equivaliera a un "vengo aquí porque carezco de fe o energía; por ver si existe algún medio para que se me contagie esta fe o energía".)

Una vida sin ascetismo no es una vida real, escribió THOMAS MERTON. Sólo que el Nuevo Ascetismo consiste, precisamente, en *ser real*.

Creatividad

No se puede volver hacia atrás. La secularización es un fenómeno irreversible y cuya importancia histórica procede del hecho de que por primera vez en la historia, la historia se *hace*. Esto es nuevo. Hoy se cree que el futuro puede ser completamente distinto del pasado; que el futuro puede ser según queramos que sea. De ahí una nueva ética, que es por de pronto una ética de la *creatividad*.

Antiguamente un pecador era un hombre que desobedecía a la ley. En la era secular un pecador es sencillamente un hombre no creativo. Una nueva teología del esfuerzo, llegaría a la conclusión de que el antiguo concepto de creación del mundo por Dios y el concepto secular de esfuerzo creativo del hombre son, en definitiva, una misma cosa. "Yo soy el que seré", dice la más moderna exégesis de la autodefinition bíblica de Dios (Exodus).

Esta extraña e interesante forma de la religiosidad actual que se llama *ateísmo*, no es más que la manifestación de esta tesis. "Nuestra moral es superior a la religiosa — decía MAURICE THOREZ, secretario general del partido comunista francés — porque nuestros héroes dan la vida sin necesidad de esperar una recompensa en el más allá; son absolutamente desinteresados" (32). Es decir, los héroes ateos se ciñen exclusivamente, al *courage*; a la forma inmanente de la fe.

El tan traído tema de la libertad religiosa sólo tiene algún sentido si previamente se ha descubierto la religiosidad de la libertad. Es en esta sacralización de la libertad o de la creatividad donde está el meollo de la mística secular. Es esta sacralización de la libertad la que ha de permitir superar la acusación que se suele hacer a la antigua moral religiosa, de ser una moral de la recompensa o incluso una moral de la no-libertad. "Si yo creyera en Dios le dejaría a él el cuidado de curar a los enfermos", decía el protagonista de *La Peste*, de CAMUS. El Hombre Secular entiende que esto es ya un poco bizantino. Se crea o no se crea en Dios a los enfermos hay que curarles.

El hombre alcanza su trascendencia en la acción secular. Éste es el sentido religioso del evolucionismo. Este mundo es un puro disparate si segui-

(32) GEORGES DIDIER, "Désintéressement du chrétien", París, 1955, p. 9.

mos mirándolo con los esquemas del "Dios-Creador" "Cosas-Creadas". Al Dios Creador se le habría estropeado la mercancía, y como pago de este error tendríamos el sufrimiento y el esfuerzo.

El Hombre Secular descubre que la realidad es irreducible. Es "absoluta facticidad", como diría ZUBIRI. Y el acto de ser real es el acto de ser creativo. En otro lugar he escrito que "lo irreducible del esfuerzo es, exactamente, la dialéctica entre finitud y libertad" (33). El esquema ontológico de la Creatividad es: "Callejón sin salida-sobrepasamiento". En la fenomenología de las religiones el acto de salvación está siempre ligado a la victoria contra poderes superiores, a "los trabajos esforzados del héroe". En una palabra: a la improbabilidad. APOLO mata a la serpiente Pitón, HÉRCULES vence a la Hydra, SAN JORGE al Dragón, DAVID a GOLIATH, SIGFRIDO a FAFNER, SANSÓN a los filisteos.

Esfuerzo y creatividad inciden en la génesis de lo real. Y fuera de la génesis de lo real no haya *nada*.

Conclusión

La esencia de lo secular consiste en la No Disociación entre el fin y los medios, entre immanencia y trascendencia, entre acción y contemplación, entre esencia y existir.

La esencia de lo secular es la libertad.

El Hombre Secular es un hombre *más real* que sus antecesores. Su virtud básica es el *courage*, forma immanente de la fe. *Courage* para tenerse en pie en un mundo sin valores absolutos. *Courage* que implica el Desinterés contemplativo fuera del cual todo es neurosis. De este Desinterés o Libertad nace la Nueva Creatividad, la Creatividad Incondicionada. El socialismo nos ha ilustrado sobre la enajenación del trabajo motivado por el beneficio; pero existen otras mil enajenaciones, hijas todas de este terror pasajero de la evolución que se ha llamado el Ego. El Hombre Secular cree que la trascendencia se alcanza en el acto libre de ser real.

Todo esto supone un salto evolutivo y define un nuevo concepto de mística. Hasta la fecha se ha identificado la mística con la mentalidad del hombre primitivo, para el cual no hay distinción entre sujeto y objeto. Ahora bien, la nueva mística secular consiste, precisamente, en radicalizar dicha distinción. Cuando se radicaliza la distinción sujeto-objeto se radicaliza la finitud. Se corta un cordón umbilical. Uno se hace más libre. Uno se hace *más real*. Una sociedad de hombres *reales* ya no está presidida por el principio del mimetismo, sino por la diversidad creadora. Y digo que esto define una nueva mística porque define una nueva manera de unirse, sin intermediarios, con lo absoluto. Un místico es exactamente un hombre *real*.

Frente al Hombre Secular se alza la amenaza de una involución hacia

(33) SALVADOR PÁNIKER, "Hinduismo y Mundo occidental", Revista de Occidente, septiembre de 1965, p. 325.

una sociedad tribal compuesta de "especialistas" y de autómatas; una sociedad que busca refugio en el mimetismo de la civilización del consumo; que destruye sus propias conquistas porque es incapaz de convertir el ocio en libertad (tiempo laboral y tiempo libre se planean exactamente de la misma forma estereotipada); que prefiere el *parecer* al *ser* (34).

Frente al Hombre Secular se alza la amenaza del nihilismo.

Frente al Hombre Secular se alza el reto de un 75 por ciento de la humanidad en estado de miseria.

Pero el Hombre Secular cree, como creía JOHN F. KENNEDY, que sólo las cosas difíciles son reales. Y decide tomarle gusto a lo difícil.

(34) Cf. A. KAUFMANN y J. CATHELIN, "Le gaspillage de la liberté", París, 1964.